

aspiraban por entonces á llevar adelante sus conquistas.

Encontró Alberto á su regreso el pais tranquilo, mas descontento con las correrías del príncipe Mauricio, que habia exigido contribuciones por donde quiera que caia con sus armas. Pareció al archiduque necesario para conservar la buena opinion y popularidad que ya alcanzaba, emprender alguna operacion militar que realizase el brillo de sus armas. Las provincias que estaban bajo su autoridad lo deseaban igualmente, aunque no fuese mas que para desquitarse de los daños que acababa de hacerles el príncipe Mauricio. Las fuerzas de Alberto eran muy pocas; pero mas escasas todavía las de los Estados. Despues de echar los ojos sobre diversas plazas que se podrian sitiarse con esperanzas de buen éxito y utilidad, mereció la preferencia la de Ulst, que hacia cinco años habia caido en poder de los Estados. Le Rosne, que en los consejos del príncipe ejercia una gran autoridad, fué de los que mas ahinco propusieron al asedio de esta plaza.

La habia fortificado mucho Mauricio, y ademas abierto dos canales que por los dos lados le abrazaban, siendo además muy fácil inundar el pais que tenia al frente, con lo cual quedaba enteramente inaccesible. Así lo hicieron ver á Alberto los oficiales que habia enviado de reconocimiento, en cuya opinion ofrecia la empresa grandísimas dificultades. Mas Alberto, por consejo de Le Rosne, se atuvo á su primera resolucion, y mandó pasar adelante con la empresa.

Para ocultar mejor sus intenciones al príncipe Mauricio, amagó caer sobre otras plazas, y en particular sobre Gertruidenberg y Breda. Las apariencias fueron tales, que Mauricio hizo sacar tropas de Ulst para guarnecer mejor estos dos puntos. Entonces el archiduque se dirigió con rapidez hácia la que era principal blanco de sus miras.

Se halla la plaza de Ulst muy cerca de la costa y sobre un rio que se echa en el Escalda. Con este y los canales que la circuyen se puede considerar como plaza

marítima, ó por mejor decir una isla, siendo de muy poca extension el terreno firme por donde un enemigo puede aproximarse. Al llevar las tropas á esta tierra firme, se debieron de reducir y se redujeron en efecto las primeras operaciones de los sitiadores. Habiéndose provisto de suficientes barcos, envió el archiduque delante y como de vanguardia á dos oficiales llamados Vich y Barlotte, quienes se embarcaron con su gente cubiertos con la noche. Fué el paso sumamente expuesto y trabajoso. No habiendo aún crecido bastante la marea, carecian de agua los barcos que navegaban por aquella inmediacion, al punto de tener que saltar fuera los soldados, y empujarlos ellos mismos sobre el fango. Poco á poco creció el agua y pudieron con mas facilidad navegar hasta la márgen del canal, mas no sin ser descubiertos por los soldados de algunos reductos que le guarnecian. A pesar del fuego que en seguida les hicieron, continuaron su camino, llegaron al borde del canal, á donde botaron las barcas, y habiendo llegado á la otra orilla se apoderaron de la tierra firme, que era el único paraje por donde Ulst era accesible.

Informado el conde de Solms, gobernador de la plaza, de la llegada de los españoles, salió á su encuentro antes de darles tiempo de fortificar su campo y proceder á las demas operaciones del sitio. Se trabó de este modo una refriega sangrienta, en que para los sitiadores no habia mas alternativa que la victoria ó perecer, pues ya la retirada era imposible. Tuvieron un regimiento derrotado y su coronel muerto al principio del combate. Mas rehechos de esta pérdida, siguieron la pelea con tanto arrojo, que el conde de Solms se retiró á la plaza con sus tropas. Dueños ya del campo los sitiadores, se apresuraron á construir las obras del asedio. Sabeedor Mauricio al fin de que era la plaza de Ulst el objeto de las operaciones del archiduque y que la vanguardia se hallaba ya establecida en la isla, se apresuró á ocuparla antes que llegase el cuerpo de su ejército. Mas Alberto

le ganó en esto por la mano, pues se trasladó á dicha tierra firme inmediatamente que llegaron á ella los que habia mandado por delante. Defraudado Mauricio de su esperanza, todavía le quedó el recurso de enviar socorros á la plaza por el canal que estaba aún á su disposicion, por medio de los fuertes que guarnecian sus dos márgenes. Para vigilar mejor esta operacion se sitió en Crumingen, plaza de Zelanda.

Mientras tanto se hacia el sitio de Ulst con la mayor actividad, no siendo menor la energía de la guarnicion en rechazar todos los ataques de los sitiadores. Apenas pasaba dia sin que el goberrador dispusiese salidas que producian choques abiertos entre los dos campos. Pereció en una de estas refriegas el famoso Le Rosne, alma y director de todas las operaciones del sitio. Fué su muerte muy sentida; mas aunque en un principio produjo abatimiento, no dejó el archiduque de continuar activamente las operaciones del asedio. Se hallaban las baterías bien situadas, y jugaron con acierto. Luego que hicieron una brecha bastante practicable, se prepararon los sitiadores al asalto.

Detrás de esta brecha se habia levantado un atrincheramiento muy susceptible de defensa. No carecia de víveres la plaza ni faltaba gente, hallándose en comunicacion con el príncipe de Orange, de quien recibia socorros y refuerzos. A pesar de estas ventajas, no quiso la guarnicion exponerse á los azares de un asalto, y obligó al goberrador á que capitulase con los españoles. Así se llevó á efecto. Entró el archiduque victorioso en Ulst en 1596, y despues de dar órdenes para el reparo de las fortificaciones, se restituyó á Bruselas, de cuyos habitantes fué recibido como en triunfo.

Causó en efecto gran satisfaccion en el pais esta victoria del archiduque, persona bien querida, hábil en captarse la benevolencia de los habitantes. No habia verdaderamente desplegado poca actividad en los cortos meses que llevaba de gobierno. La toma de Calais y de Ardres

ambas plazas importantes y ahora la de Ulst, de no menor categoría, comenzaban á formarle un nombre militar que le fué muy útil andando mas el tiempo.

Mientras tanto el mariscal de Biron maniobraba en Picardía con el cuerpo de tropas que le habia dejado el rey de Francia, haciendo escursiones en diversos sentidos, segun lo juzgaba conveniente. Con la salida de las tropas de Bruselas para sitiar la plaza de Ulst, penetró por el Artois, moviéndose siempre con gran circunspeccion, pues era un general metódico que hacia la guerra segun arte. Para atajarle en su marcha, envió el archiduque al marqués de Barambon á la cabeza de un cuerpo de tropas escogidas. Al saber su marcha el mariscal de Biron, le salió al encuentro, habiendo dejado emboscada á su retaguardia una gran parte de sus tropas. Luego que se encontraron los del archiduque y los del mariscal, retrocedió éste como no atreviéndose á medirse con los que tanto le excedian en número. Los de Barambon siguieron el alcance, cuando á lo mejor se vieron sorprendidos por las tropas emboscadas, á cuya reunion con las otras del mariscal volvieron estas frente. Allí se empeñó una batalla con grande desventaja para los flamencos, que perdieron mucha gente entre muertos, heridos y prisioneros, siendo el marqués de Barambon uno de estos últimos. Los demás apelaron á la fuga.

Reemplazó el archiduque la persona del marqués de Barambon con la del marqués de Chimay, pero no fué mas dichoso. Conservó el mariscal de Biron su superioridad en varios encuentros y escaramuzas; mas no produjeron estas tomas de puntos importantes ni resultado definitivo de otra clase.

Terminó el año de 1596 sin mas acontecimientos importantes. El de 1597 no iba tampoco á ser mucho mas fecundo. Se acercaba la guerra de los Paises-Bajos á su fin mas por cansancio y fatiga que por ningun otro motivo. A pesar de las ventajas que habia conseguido el archiduque en Francia, conservaba la superioridad en el pais

el príncipe Mauricio. Tal era el respeto que infundia su nombre en el Bravante y demás provincias españolas que pagaban por via de contribuciones el favor que les hacia de no molestarlos con sus incursiones. Indignado Alberto de esta especie de vasallaje, hizo establecer un campo fortificado de cinco mil hombres en Turnhout, en las fronteras del Bravante. Confirió su mando á Varas, hermano del marqués de Barambon, mas en atencion á su familia distinguida que á sus méritos y conocimientos militares. Vivía este jefe en efecto muy descuidado en un punto que exigia la mas grande vigilancia. Al saber esto el príncipe Mauricio, marchó en busca suya, saliendo de Gertruidenberg con cinco mil infantes y ochocientos caballos. Llevaba consigo al conde de Solms, al conde Hoenloe, y á los ingleses Sir Francisco Vere y Sidney, gobernador de Flesinga.

No tuvo noticia Varas de la marcha de Mauricio hasta que se hallaba ya muy cerca de sus líneas. No atreviéndose á aguardarle en ellas, hizo salir todos sus equipajes por la noche, y al amanecer del dia siguiente se puso en retirada él mismo, no sin grande enojo de sus tropas que se indignaban de huir delante de los que habian vencido tantas veces. Sabedor Mauricio de la retirada de Varas, envió á Sir Francisco Vere á observar sus movimientos, y al mismo tiempo dió orden al conde de Hoenloe para que adelantándose con cuatrocientos caballos entretuviese al enemigo mientras él llegaba con la infantería. Cayó en efecto Hoenloe sobre el enemigo que marchaba con pocas precauciones. Derrotada la caballería, se echó sobre la infantería, introduciendo en sus filas el mayor desorden. En los momentos de esta confusion llegó Mauricio con su infantería. No le fué difícil consumar una derrota que estaba ya empezada. Perdieron los nuestros entre muertos y heridos cerca de dos mil quinientos hombres, y los que quedaron vivos cayeron en poder del enemigo. Se contó en el número de los muertos el mismo Varas, que aunque desacertado

en aquel movimiento, habia combatido con un valor digno de mejor fortuna.

Atribuyen algunos la victoria de Mauricio á las carabinas largas, acabadas de inventar entonces, de que estaba armada su caballería. Es posible; mas bastante vencidas estaban aquellas tropas tan desordenadas cuando acudió el príncipe en persona. Como quiera que esto sea, se condujo con humanidad y hasta generosidad despues de su victoria. Tomó disposiciones para la curacion de los enfermos y buen acomodo de los prisioneros, distinguiéndose en el particular como cumplia á un hombre que deseaba mostrarse generoso.

Mientras tanto cayó Amiens en poder de los españoles por una de aquellas ocurrencias que no son muy raras en la guerra. Eran antes dueños de esta plaza los liguistas, á cuyos principios se presentaba sumamente adicta. Despues de la entrada de Enrique en París, fué una de las primeras en prestarle la obediencia. Estipuló sin embargo con el rey, que no se le pondria guarnicion, comprometiéndose los vecinos á formarla ellos mismos, y á atender á todas las necesidades de una defensa si llegase el caso. En virtud de este convenio se organizaron hasta trece ó catorce mil de sus vecinos; mas siendo estos hombres de oficio y dedicados á sus negocios particulares, descuidaban el servicio militar sin adquirir la instruccion necesaria para hacer buen uso de sus armas en caso de un conflicto. Los jefes valian tan poco como los soldados, y ademas no tenian un gobernador entendido capaz de darles ejemplo, y dirigirlos bien cuando hubiese que echar mano de ellos.

Sucedió entonces que un habitante de esta ciudad se presentó en Doulens donde mandaba Eduardo Tellez Portocarrero, capitán español, ofreciendo entregarle la plaza de Amiens por sorpresa; pues conocia perfectamente las entradas y salidas, y estaba en inteligencia con personas principales que deseaban pasarse á la parcialidad del rey de España. Aceptó la oferta Portocarrero, é in-

mediatamente lo hizo saber al archiduque, advirtiéndole al mismo tiempo que iba á moverse para aprovecharse de aquella favorable coyuntura.

La distancia entre Douzens y Amiens es solo cuatro leguas. Se movió Portocarrero de noche á la cabeza de dos mil hombres de infantería y novecientos caballos, caminando con el mayor silencio, de modo que pudo llegar antes de amanecer junto á una ermita muy cerca de la plaza, rodeada de árboles, donde emboscó su gente. Destacó delante diez ó doce de sus hombres mas escogidos, distinguiéndose entre ellos el español Francisco del Arco, el milanés Baptista Dognano y el borgoñon Lacroy. Todos estos iban disfrazados de paisanos con sus armas debajo de los sayos. Llevaban tres de ellos sacos en la cabeza llenos de nueces y manzanas, y otro conducía un gran carro cargado de vigas y maderos. Caminaban los otros detrás á pocos pasos de distancia. Cuando amanecía llegaban todos ellos á las puertas de la plaza que acababa de abrirse. En el mismo puente levadizo afectaron entrar en riña los que llevaban los sacos de nueces y manzanas, y habiéndose dado un empujon vinieron al suelo, por donde quedó esparramada toda aquella fruta: acudió al ruido la gente de los alrededores, y con la confusion originada por la prisa de los que se avanzaban á coger las manzanas y las nueces, se acercó el carro cargado con las vigas atravesándose en la misma puerta. Entonces disparó uno de ellos un pistoletazo, que era la seña convenida, tanto con los que estaban dentro como con los de Portocarrero que quedaban emboscados. A la detonacion entró un centinela en sospecha de que se tramaba alguna cosa, y se apresuró á bajar el rastrillo, mas lo impidieron las tablas y vigas del carro que estaba parado y no podia moverse, pues de antemano se habian quitado las clavijas que sujetaban los caballos á la lanza. Mientras tanto avanzaba á paso de carga Portocarrero con los suyos, y se metieron en la plaza sin que nadie lo estorbase. Los de adentro que

estaban en la trama, acudieron por su parte á darle auxilio, sin que los vecinos armados en aquella confusion y desórden, sobrecogidos por otra parte del terror, hubiesen podido obrar nada en su defensa.

Quedó sorprendido al mismo tiempo que indignado Enrique IV con la pérdida de una plaza tan considerable que dejaba expedito para los españoles todo aquel pais de las fronteras. A esta pérdida material se añadía lo injurioso que podria ser á su reputacion, que habiendo sido tantas veces vencedor de los mismos franceses, hubiese salido perdiendo en sus luchas con los españoles. Era, pues, para él de grandísima importancia recobrar la presa que habia caído en manos de sus enemigos; mas para ello se veía con grande escasez de tropas, y sobretodo falto de dinero con que mantenerlas. Estaba exhausto su tesoro, apurados sus recursos. Despues de tantos años de guerra civil y tantas convulsiones, todo estaba perdido y agotado. Mas á pesar de tantos inconvenientes, se resolvió á arrostrarlos todos á trueque de volver á la plaza de Amiens que le hacia tan al caso. Con esta resolucion salió de París y se trasladó á Corbie, á tres leguas de distancia, llamó á su lado al mariscal de Biron que todavía se hallaba en Artois, y con sus tropas y las que pudo recoger á duras penas debilitando varias guarniciones, resolvió poner el sitio de Amiens y llevarlo adelante con todo el vigor imaginable.

Ya entonces habia renovado sus tratados de alianza con los Estados generales, y ajustado uno nuevo con la reina inglesa, quien se comprometió á enviarle dinero y hasta ocho mil hombres. Con cuatro mil de ellos engrosó las tropas destinadas al sitio de Amiens, y sus operaciones fueron encomendadas al cuidado del mariscal de Biron, muy celoso por corresponder en todo á la confianza del monarca.

Se empezó la expugnacion de Amiens, y se dió al sitio ademas el carácter de bloqueo, habiéndose construido fuertes líneas contra cualesquiera tropa que se

quisiese enviar en su socorro. Se llevaron adelante las operaciones del sitio con vigor: no fueron los de adentro menos activos en la defensa. Las salidas eran frecuentes y mortíferas. El gobernador de la plaza, Portocarrero, estaba resuelto á defender hasta la última gota de sangre su conquista. Por lo regular era el quien dirigia las salidas. Habiendo muerto en una de ellas, fué sucedido en el mando por el marqués de Montenegro, que no se le manifestó inferior, ni en inteligencia, ni en constancia. No desmayaban las tropas de la guarnicion contando siempre con los socorros que habia ofrecido conducir en persona el archiduque.

Se hallaba éste, en efecto, tan interesado en la conservacion de Amiens, como en ganarla Enrique IV. Sea que la guerra entre ambas coronas continuase, ó que estuviese próximo un arreglo, como era la opinion comun, á los dos partidos convenia muchísimo la posesion de una plaza semejante. Mas luchaba Alberto con muchísimas dificultades. Tambien comenzaba á verse en grandes apuros pecuniarios el poderoso rey de España. Exigian demasiado crecidos intereses los que adelantaban dinero tomando por hipoteca las rentas del Estado. Ya costaba gran trabajo al rey el que los grandes capitalistas acudiesen al socorro de sus necesidades. Para concebir una idea de estos apuros bastará indicar que el archiduque Alberto no pudo ponerse en marcha en socorro de Amiens hasta por agosto cuando llevaba tres meses ya de sitio.

Ascendia á veinte y cinco mil el número de sus tropas de infantería y de caballería, suficiente fuerza si el enemigo no estuviese apoyado en sus dos líneas. Consistia toda la confianza de Alberto en que saliese Enrique IV á ofrecer ó aceptar una batalla. Tal fué la primer intencion del rey de Francia; mas le disuadieron de ello el mariscal Biron, el mismo duque de Mayena que estaba ya en su campo, haciéndole ver la enorme diferencia entre la infantería francesa recientemente alis-

tada, y la veterana y disciplinada que mandaba el archiduque. Permaneció, pues, Enrique dentro de sus líneas demasiado bien construidas para que pudiesen ser forzadas por Alberto. Viendo éste ya malograda la ocasion, se puso en retirada y tomó la vuelta de los Países Bajos.

Destituida la plaza de Amiens de socorros, con sus recursos agotados, cada vez mas estrechada por los sitiadores y muy próxima á un asalto, entraron en capitulaciones con el rey y le abrieron sus puertas con favorables condiciones.

Durante la ausencia de Alberto, no habia estado ocioso el príncipe Mauricio, siempre atento á aprovecharse de estos momentos de respiro. Habia quedado muy desguarnecido el Brabante por la necesidad de sacar tantas fuerzas para la expedicion de Francia. Cayó Mauricio con trece mil hombres sobre la plaza de Rimbérg, guarnecida por mil, y se hizo dueño de ella con muy poca resistencia. Pasó despues á la de Meurs que cayó en sus manos.

Tambien se apoderó de las de Groll y Brevort, aunque experimentó mas dificultades en su expugnacion por estar situadas en un terreno pantanoso. Cayó despues sobre la de Linjen, única que al norte del Rhin se hallaba todavía en manos de los españoles. Igual suerte tuvo que las otras. Y los Estados quedaron tan contentos de su comportamiento, que le hicieron cesion á él y sus descendientes del señorío de esta última ciudad con todo su territorio y dependencias.

Sucedia esto el año 1597. Con estas operaciones militares terminaron las que durante el reinado de Felipe II tuvieron lugar en los Países-Bajos.